

## *[De camino a Francia. Páginas de diario]*

**León Trotsky**

**11 de agosto de 1933**

(Versión al castellano desde “En route vers la France”, en L. Trotsky (P. Broué editor), *Oeuvres*, Tomo 1, Institut Léon Trotsky, París, 1978, páginas 285-290. Archivos James P. Cannon. Biblioteca de Historia Social, Nueva York. Este texto, redactado el 11 de agosto, relata el fin del período de Prinkipo y la llegada a Francia.)

En febrero de 1929, mi esposa y yo llegamos a Turquía. El 17 de julio de 1933 salimos de Turquía hacia Francia. Los periódicos escribieron que el visado francés me había sido concedido tras una apelación... ¡del gobierno soviético! Sería difícil imaginar un sueño más fantástico. En realidad, la iniciativa de esta intervención amistosa no partió de la diplomacia soviética, sino del escritor Maurice Parijanine<sup>1</sup>, traductor de mis libros al francés. Apoyado por escritores y políticos de izquierda, entre ellos el diputado Guernut<sup>2</sup>, la cuestión de mi visado se resolvió esta vez favorablemente. Durante los tres años y medio de mi tercer exilio, no faltaron intentos por mi parte y por parte de todos los que me deseaban lo mejor, para abrirme el acceso a Europa occidental. Podríamos hacer un gran álbum de los rechazos que recibimos. Entre las firmas que figuran en las páginas de este álbum están las del socialdemócrata Hermann Müller, canciller de la República Alemana, la del primer ministro británico MacDonald<sup>3</sup>, que entonces era todavía socialista y no medio conservador, la de los dirigentes republicanos y socialistas de la revolución española y la de muchísimos otros. No hay el menor reproche por mi parte, estos son los hechos.

La posibilidad de ir a Francia surgió tras las recientes elecciones, ganadas por el bloque de radicales y socialistas. Sin embargo, el asunto se complicó por el hecho de que, en 1916, durante la guerra, yo había sido expulsado de Francia “para siempre” por el ministro del Interior Malvy<sup>4</sup>, supuestamente por haber hecho propaganda “pacifista”, en

---

<sup>1</sup> Maurice Donzel, llamado Parijanine, (1885-1937), editor de la revista *Les Humbles*, había sido el traductor de *Ma vie*, [*Mi vida. Autobiografía* (con apéndice y anexos), en nuestras [Obras Escogidas de León Trotsky en español \(OELT-EIS\) \(Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales\)](#)] publicada en francés por Rieder en 1930, y tuvo serios conflictos con Trotsky a causa de las notas que había añadido al texto. Sin embargo, ver el punto 1 de la “[[Carta a León Sedov \(futuro viaje, Parijanine, Kirchhoff, Schüssler, Alemania\)](#)]” de 1932, en esta misma serie de nuestras EIS. Por iniciativa propia hizo gestiones para obtener del gobierno francés el derecho de Trotsky a residir en Francia. Los últimos intentos de obtener otro asilo habían tenido lugar en 1932, cuando Alois Neurath y varias personalidades checoslovacas habían intervenido ante el gobierno de Praga, pero sin éxito. Ver en esta misma serie de nuestras EIS el año 1932, con abundante material al respecto.

<sup>2</sup> Henri Guernut (1876-1943), diputado radical-socialista y miembro influyente de la Liga de los Derechos del Hombre, había intervenido ante el gobierno francés a favor de la admisión de Trotsky en Francia (ver en esta misma serie de nuestras EIS: “[[Para el visado para Francia. Carta a H. Guernut](#)]”). Trotsky y su entorno estaban preocupados por la precariedad de la residencia en Prinkipo, por su falta de seguridad y su alejamiento de los centros de la vida política. El año anterior se habían realizado diversas gestiones, hechas en particular por Alois Neurath, ante el gobierno checoslovaco; en esta misma serie de nuestras EIS se pueden ver diversas cartas enviadas por Trotsky a Neurath en los años 1931 y 1932 tratando sobre la cuestión del visado (también a León Sedov tratando sobre la cuestión), señalamos esta “[[Carta a Neurath \(denegación visado Checoslovaquia\)](#)]”. Las elecciones de diciembre de 1932 hacían posibles gestiones parecidas en Francia.)

<sup>3</sup> Hermann Müller (1876-1931), líder socialdemócrata y canciller de 1928 a 1930, a la cabeza de un gobierno de coalición, denegó a Trotsky el asilo en Alemania. Ramsay MacDonald (1886-1937), que ya había sido primer ministro en 1924 y volvió a serlo en 1929, también denegó a Trotsky un visado británico tras su expulsión.

<sup>4</sup> Louis Malvy (1875-1949), diputado radical, fue ministro del Interior en el gobierno de Aristide Briand en octubre de 1916 y tomó la decisión de expulsar a Trotsky de Francia por sus actividades políticas internacionalistas (Ver en esta misma serie de nuestras EIS: “[[Carta a Jules Guesde](#)]”). Un año más tarde se

realidad por insistencia del embajador zarista Isvolsky<sup>5</sup>. Aunque el propio Malvy, aproximadamente un año después, fue expulsado de Francia por el gobierno de Clemenceau<sup>6</sup>, también acusado de “actividad pacifista”, la orden por la que se me excluía definitivamente de este país siguió en vigor. En 1922, en su primera visita a la Rusia soviética, Edouard Herriot<sup>7</sup>, al despedirse de mí durante una visita de cortesía al Comisariado de Guerra, me preguntó cuándo creía que podría visitar París. Le recordé en broma mi expulsión de Francia. “Pero ¿quién se acordaría ahora de una historia como ésta?”, respondió riendo. Pero las instituciones tienen mejor memoria que los individuos. Al desembarcar en el puerto de Marsella, tras dejar el vapor italiano, refrendé un papel oficial que me entregó un inspector de la Sûreté Générale en el que se me informaba de que el decreto de 1916 había sido anulado. Debo decir que hacía mucho tiempo que no firmaba un documento oficial con tal sentimiento de satisfacción.

Si el curso fundamental de la vida de alguien difiere de la órbita de la persona media, entonces todos los episodios que atraviesa, incluso los más banales, están teñidos de misterio. Los periódicos hicieron muchas hipótesis ingeniosas sobre por qué mi mujer y yo viajábamos bajo el “pseudónimo” de Sedov. De hecho, es el nombre de mi mujer, no un pseudónimo. Según la legislación soviética, se puede expedir un pasaporte, a voluntad, a nombre de cualquiera de los cónyuges. Nuestro pasaporte soviético se expidió en 1929 a nombre de mi esposa porque era el que causaría menos alboroto.

Para evitar cualquier manifestación o complicación durante el desembarco en Marsella, mis amigos franceses habían decidido venir en lancha motora a reunirse con el vapor en el mar. Pero este sencillo plan dio lugar a nuevas complicaciones. El propietario de la lancha, el honorable Panchetti, que no había sido informado de antemano del propósito de la salida, no pudo dormir en toda la noche: se devanaba los sesos preguntándose por qué dos jóvenes querían salir en una lancha al amanecer, sin siquiera mujeres. No tenía experiencia en este tipo de cosas. Además, al mismo tiempo se celebraba en Tolón el juicio de dos bandidos que habían matado a un barquero y robado su barca. Aunque estaba comprometido por el depósito que había aceptado, el Sr. Panchetti decidió no hacer este peligroso viaje; en el momento crítico, alegó que el barco estaba fuera de servicio. No había posibilidad de encontrar otro barquero en la zona en ese momento. Sólo la intervención del inspector de la Sûreté, que dio fe de las intenciones pacíficas de los dos jóvenes, salvó la situación. El barquero se arrepintió de sus sospechas y se dispuso a transportar a los pasajeros del vapor a la orilla, lejos del puerto<sup>8</sup>. La prensa no tardó en bautizar a los dos modestos Ford que nos esperaban como “potentes vehículos de evasión”.

Los mismos periódicos escribieron que nos esperaban en Marsella y nos escoltaron por toda Francia innumerables policías. En realidad, aparte del inspector que tranquilizó al barquero, me informó oficialmente de la anulación del decreto que me prohibía la entrada en Francia y se marchó inmediatamente, no nos encontramos con un

---

vio obligado a dimitir y amenazado por el Alto Tribunal debido a su complacencia con los círculos “pacifistas”,

<sup>5</sup> Alexander Isvolsky (1856-1919), que había sido ministro de asuntos exteriores del zar, fue su embajador en París de 1910 a 1917.

<sup>6</sup> Georges Clemenceau, (1841-1929), diputado radical, antiguo jefe de la represión contra la CGT y que se autodenominaba con orgullo, como ministro del interior, el “primer policía de Francia”, en noviembre de 1917 se puso a la cabeza de un gobierno de guerra e inició la caza de todos los movimientos “pacifistas” o “antibelicistas” o “derrotistas”.

<sup>7</sup> Edouard Herriot (1872-1957), líder del Partido Radical y jefe del gobierno del Cartel de las izquierdas en 1924, fue una figura simbólica de la política francesa. Trotsky le había conocido cuando se reunió con él en 1922, cuando Herriot fue a la URSS para estudiar las modalidades del reconocimiento del gobierno soviético por parte de Francia. Era Presidente del Consejo en 1932, cuando Trotsky viajó por Francia a Copenhague y volvió. Trotsky acababa de terminar un retrato suyo, cuya publicación decidió aplazar en vista de las circunstancias, y que no apareció (reelaborado) hasta 1935: “[Edouard Herriot, el político del justo medio](#)”, en esta misma serie de nuestras EIS.

<sup>8</sup> Trotsky desembarcó en Cassis, el 24 de julio de 1933.

solo policía. Para explicar el placer que supuso para mí cruzar el sur de Francia en coche sin guardias ni vigilancia, me gustaría señalar que desde 1916, es decir, durante los últimos dieciséis años (por no hablar de periodos anteriores de mi vida) no había podido ir a ninguna parte sin la compañía de un “guardia”, a veces amistoso, a veces hostil, pero siempre un guardaespaldas.

Pero no dijimos nada de lo más importante: el motivo de nuestro viaje a Francia. No podía ser, por supuesto, la atención médica, ni las bibliotecas ricamente surtidas, ni las demás ventajas de la cultura francesa. No, necesitábamos otro objetivo, “verdadero” cuidadosamente ocultos. Al día siguiente de nuestra llegada, supimos por la prensa que habíamos viajado a Francia para... reunirnos con Litvinov<sup>9</sup>. Me froté los ojos: ¿Litvinov? En los mismos periódicos, me enteré por primera vez de que el Comisario del Pueblo para Asuntos Económicos seguía una cura en Francia. Mejor aún, el más perspicaz de los periodistas no quiso dejarnos a oscuras las razones exactas por las que queríamos esta reunión. Parece que últimamente me ha invadido por completo el deseo de morir en Rusia y ser enterrado en la tierra que me vio nacer. A decir verdad, hasta ahora la cuestión de dónde y cómo sería enterrado era la menor de mis preocupaciones. Friedrich Engels, a quien considero una de las personalidades humanas más entrañables, pidió en su testamento ser incinerado y que la urna con sus cenizas fuera arrojada al mar. Si me sorprendió esta petición, no fue por la indiferencia de Engels hacia su Wuppertal natal, sino porque se había tomado la molestia de pensar sencillamente en el destino que darían a sus restos<sup>10</sup>. ¿Por qué precisamente en el mar? Pero la perspicacia de la prensa es inagotable. Hoy mismo he leído sobre mi intento de ser readmitido en la Unión Soviética a través de Litvinov y ahora de Souritz<sup>11</sup>, el embajador soviético en Turquía, que al parecer también sigue una cura en Royat. Sin embargo, los dos diplomáticos se negaron categóricamente a recibirme, lo que supuso “el golpe más duro de mi vida”. ¡Y de qué manera!

Litvinov seguramente no está menos asombrado que yo ante la idea de que yo intente negociar mi regreso a Rusia precisamente a través de él. Tales asuntos se deciden en Moscú exclusivamente a través de los canales del partido, y fue mucho antes de la revolución de octubre cuando Litvinov dejó de desempeñar un papel en el aparato del partido. Bajo el régimen soviético, nunca fue más allá del trabajo puramente diplomático. La referencia a Souritz en este contexto está aún más dolorosamente fuera de lugar. Todo el asunto (que el perspicaz periodista me perdone por decirlo) es un modelo de patetismo.

No estuve en Royat y no intenté reunirme con Litvinov. No tenía el menor motivo para hacerlo.

Se podría escribir un instructivo estudio sobre las retorcidas formas en que la verdad se abre camino en la prensa. En la guerra moderna, hacen falta varias toneladas de hierro para matar a un solo individuo. ¿Cuántas toneladas de tipos de imprenta se necesitan para establecer la verdad de un hecho u otro? El error cometido por la prensa en este caso fue buscar misterio donde no lo había. Mi actitud hacia el actual gobierno soviético no es ningún secreto: desde mi deportación a Turquía, he comentado todos los meses en *Biulleten Oppositsii*<sup>12</sup>, y en la prensa en otras lenguas, su política interior y exterior. A menudo he declarado públicamente en la prensa, junto con mis camaradas, que cada uno de nosotros está dispuesto, como antes, a servir al estado soviético en cualquier

---

<sup>9</sup> Litvinov dirigía la diplomacia soviética desde 1930. Maxim M. Wallach, llamado Litvinov (1876-1951), bolchevique desde 1903, representó a los bolcheviques en Inglaterra antes de 1917. Vicecomisario de asuntos extranjeros en 1921, había devenido comisario titular en 1930.

<sup>10</sup> Federico Engels (1820-1895), el compañero de Marx, murió en el exilio en Inglaterra. En nuestras EIS, sus series: [Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional](#) y [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels \(OEME-EIS\)](#).

<sup>11</sup> Jakobo Souritz (1881-1952) era un antiguo menchevique, empleado en la diplomacia.

<sup>12</sup> Los *Biulleten Oppositsii*, publicados por primera vez en Berlín bajo la dirección de Leon Sedov en 1929, tras una breve estancia en Praga, volvieron a publicarse, pero en París, aún bajo la dirección de Sedov.

cargo. Pero nuestra cooperación no puede obtenerse poniendo como condición que renunciemos a nuestras ideas o a nuestro derecho de crítica. Sin embargo, para el grupo dirigente, todo se reduce a esto. Ha dilapidado toda su autoridad y, totalmente incapaz de recuperarla a través de un congreso normal del partido, esta camarilla exige cada vez más en voz alta el reconocimiento de su infalibilidad. Pero esto es algo que nunca podrán esperar de nosotros. Colaboración leal, ¡sí! Encubrir su falsa política ante la opinión soviética y mundial, ¡no! Con estas posiciones claramente definidas por ambas partes, no podía haber ninguna razón para perturbar las vacaciones de verano del Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores.

Hasta hace poco, nuestra familia consideraba que un incendio era algo menor que le ocurría a otras personas, como una erupción volcánica o un naufragio en el mar, o las subidas y bajadas de la bolsa. Pero tras el incendio de enero de 1931 en la ciudad de Prinkipo, que lo destruyó todo sin dejar rastro (libros, relojes, ropa, zapatos), la noción de incendio se convirtió en parte integrante de nuestras vidas. Unos meses más tarde, un fatídico día, nuestro nuevo hogar se llenó de repente de volutas de humo sofocante, y todo el mundo corrió por la casa para encontrar la causa; finalmente encontramos un pequeño incendio ardiendo en el sótano. El autor resultó ser mi nieto de seis años<sup>13</sup>, que había recogido cuidadosamente serrín, trozos de madera y trapos viejos y había conseguido prender fuego a estos materiales altamente inflamables.

Sin dolor ni preocupación, conseguimos apagar el fuego, para disgusto de la persona que lo había provocado.

Mientras atravesábamos Francia en coche, observamos a lo lejos un gran incendio forestal: “Es una pena que sea tan pequeño”, dijo uno de los acompañantes, “sería algo maravilloso de ver el espectáculo”. Los demás sacudieron la cabeza con reproche: ¿qué pensaría un campesino de semejante actitud estética frente al fuego? No llevábamos más de unas horas en nuestro nuevo hogar cuando el viento de julio, ya bastante caluroso, se hizo insoportable. El gran campo contiguo a la villa estaba cubierto de humo y llamas. La hierba reseca ardía, al igual que los arbustos. Impulsada por una brisa constante, una lengua de fuego de cien metros de ancho se dirigió directamente hacia nuestra casa. La empalizada se incendió. Las llamas se propagaron al patio de la casa, quemando la hierba y los arbustos con grandes llamaradas brillantes; luego el fuego se extendió, rodeando la casa. Un pabellón de madera ardió en llamas. La villa se llenó de humo, y todo el mundo se afanó en sacar sus pertenencias de la casa. Se llamó a los bomberos de la ciudad vecina, pero tardaron en llegar. Abandonamos la casa, dándola por perdida. Pero entonces ocurrió un milagro: el viento cambió ligeramente, el fuego vaciló por el camino de grava y empezó a alejarse de la casa. Estaba apagado cuando llegaron los bomberos. Pero incluso ahora, mientras escribo esto, el olor a quemado alrededor de la casa sigue conmigo. En cualquier caso, al menos fue un incendio muy francés. El capítulo turco de nuestras vidas había quedado en el pasado. La isla de Prinkipo se había convertido en un recuerdo.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

---

<sup>13</sup> Se trata de Seva Volkov (nacido en 1926), hijo de Zina y de Platon Volkov.